

Antropología: perspectivas para después de su muerte.

Carlos Reynoso

Unos cuantos años atrás todavía podía escribirse sobre la crisis de la antropología, casi siempre en concomitancia con alguna propuesta de salida, repensamiento o reformulación¹. Al paso de transformaciones que no hemos atinado a predecir, las cosas han cambiado al punto de que los tiempos de la crisis han ido a fundirse con los otros buenos viejos tiempos. Hemos tocado fondo. Ojalá pudiéramos discutir ahora otra nueva crisis periódica, de esas enfermedades de juventud y crecimiento que se superan apenas se ajustan unos cuantos tornillos, se blanquean fracasos o sinceran posturas.

Las crisis, como las épocas de bonanza, terminan pasando, quién dice que no espontáneamente. Pero una crisis que va para los veinte o treinta años ya no es crisis, sino acaso una parálisis, una catatonía que se parece a la muerte y que tal vez sea lo que parece. Hay razones para sospechar que la antropología está sumida en estertores agónicos, si es que no ha muerto ya. Todo aquello que apunta a trasuntar que una ciencia está viva hace tiempo que brilla por su ausencia: brotes de originalidad a intervalos aceptables, producción regular de iniciativas metodológicas dignas de apoyarse, autocrítica, capacidad de transformación de su propio objeto, esclarecimiento de algún enigma molesto, clarificación de ideas para el gran público², enriquecimiento de las ideas teóricas de un autor por otro autor, capacidad de uso público de los instrumentos teóricos. A falta de estados biológicos intermedios y de metáforas que no sean orgánicas, argumentemos de aquí en más que la antropología está muerta, y dejemos que otros carguen con el peso de la prueba de que su deambular actual es una vida en plenitud.

Pues esta vez se trata de muerte, no de crisis. Para mayor desdicha, no se trata de una muerte local, imputable a la ineptitud de los funcionarios de turno o al escaso capital que el proyecto de ingreso al primer mundo destina a las buenas causas. Aunque alguna vez habrá que preguntarse por qué nuestro medio no es tampoco una isla de bonanza en medio del vendaval, lo cierto es que nos hallamos ante una muerte sin fronteras, coetánea a la caída del estado benefactor y al surgimiento de un (des)orden nuevo al que los antro-

¹ Por ejemplo Dell Hymes (ed.), *Reinventing Anthropology*, N. York, Random House, 1972; Gerald Berreman, "Is Anthropology Alive?", en Morton Fried (ed.), *Readings in Anthropology*, vol. 2, 1967, pp.845-857; I. Jarvie, "Epistle to the Anthropologists", *American Anthropologist*, vol. 77, 1975, pp.253-266.

² Me refiero a clarificaciones reales, y no a esas consignas de chicos buenos del tipo de "las razas no existen", que, aunque sean bien intencionadas, de lo único que hablan es de la dificultad de los antropólogos biológicos (en este caso) para asimilar una clasificación prototípica.

pólogos no dan motivos para que los diga tolerando³. El cuerpo de la antropología yace por tierra, y mucho me temo que no es lo más importante ni lo único que ha caído estrepitosamente en los últimos tiempos.

Las cosas por su nombre. Seguir hablando de crisis sería ya un eufemismo para los propios o una engañifa para los extraños, un simulacro para evitar que se corra el rumor de nuestro deceso y para que los subsidios (que por reglamento sólo se otorgan a cambio de signos vitales mínimos) no nos sean suspendidos por los oscurantistas que están esperando la señal. La Ciencia del Hombre tal como la concebíamos aún respira pero no trasunta actividad cerebral. Y todo indica que su defunción no es sino una instancia de un proceso histórico más amplio, en el que pudieran estar incursas otras ciencias sociales, la sociología en primer término. La muerte de la Ciencia del Hombre no es tampoco el efecto de una sana obsolescencia foucaultiana de la idea de hombre, sino, peor aún, el desgarramiento de la ilusión misma de que por los carriles de un intelectualismo facilista es posible, acumulando tiempo e inventariando conceptos, construir algo así como una ciencia.

Claro está, nos referimos a una ciencia con algún atisbo de seriedad, con un desenvolvimiento metodológico palpable, de los que exigen cierto esfuerzo para estar al día, y no a esos sucedáneos sintéticos del *interpretive turn*, que arreglan toda la preceptiva con consejos tales como "sea sensible a los matices sutiles de la significación", "deje que los actores culturales sean los que teoricen" o "hágase de amigos en el trabajo de campo". De unos veinte años a esta parte estas máximas autocomplacientes, fundadas en la falsa presunción de que la antropología hasta hoy ha estado verdaderamente dominada por un ethos y un accionar científicos⁴, han venido a usurpar el lugar de las técnicas y de los métodos y, si uno se descuida, hasta de la teoría y de la concepción del mundo.

Como ciencia, al menos, la antropología sociocultural está muerta⁵. Es una muerte tanto absoluta, mérito nuestro, como relativa al grado de creatividad y vigor que exhiben otros espacios del saber. Mientras cualquier especialidad tecnológica vive y palpa en su

³ Los mensajes desesperados que llegan por los correos electrónicos testimonian que también en los Estados Unidos, centro de la antropología mundial, el estado amenaza retirarse a sus "funciones específicas" (seguridad, justicia y salud) dejando la educación y la investigación no utilitaria en manos de la iniciativa privada.

⁴ Es dudoso que haya estado dominada por un tono cientificista una disciplina que ha producido un solo intento de axiomatización: el de William Geoghegan ("Information Processing Systems in Culture", en P. Kay, ed., *Explorations in Mathematical Anthropology*, Cambridge, MIT Press, 1971). No computo como modelo axiomático de la antropología la desdichada elaboración de los matemáticos Kemeny, Snell y Thompson, en la que los salvajes de Lévi-Strauss se terminan casando consigo mismos o con otros salvajes del mismo sexo. Lo cierto es que la antropología, por lo menos desde los manifiestos de los boasianos en los años 40, ha estado permeada por un estilo y una tónica humanista.

⁵ Aquí es necesario poner al margen a la arqueología *mainstream*, cuyos practicantes ya casi no se preocupan por reconocerse o fingirse antropólogos.

experiencia la noción de progreso, nuestra disciplina se niega a dar señales de vida genuina, retorciéndose de antemano en querellas arcaicas, concediendo importancia a enfrentamientos ceremoniales que hasta un niño advertiría inconcluyentes como disputa intelectual. No hay mejor consuelo que un funeral pomposo. Lo malo con nuestra muerte es que ha pasado desapercibida, sobre todo para nosotros mismos. Lejos de mirar al mundo con mirada extrañante para ponerlo en crisis, nos hemos estado mirando al ombligo sin preocuparnos por lo provincianos que hemos llegado a ser, por lo no-metodológicamente extrañas que se nos han vuelto las cosas más naturales y por lo poco que tenemos que decir ante lo más importante que va sucediendo.

Nada de botas puestas: ni el consuelo de esa última dignidad nos queda. La antropología murió desnucada, en una mueca patética, cayendo hacia atrás, retrocediendo, cediendo espacio a los estetas, a los conservadores y a la causa del irracionalismo. Una a una se fueron dejando caer las banderas: explicar la sociedad se reemplazó primero por la meta más modesta de describirla, y cuando se hizo notorio el descrédito de la representación, la alternativa que se ofreció fue apenas evocarla tras el espejo de la subjetividad infinita. De transformar la sociedad, obviamente, mejor no hablar. ¿Por qué tiene que ser útil una ciencia a otros que no sean los que sacan de ella sus mensualidades, su prestigio académico o sus derechos de autor?

Tras la muerte de su ciencia madre, quienes se obstinan en ser antropólogos procuraron acallar la triste nueva. Los que propugnan un ideario científico (otra utopía más, en fin) la silencian porque vendrían a ser ellos los derrotados; los del bando contrario, ni tocan el asunto: nada ni nadie los persuade que hay razones de peso para rasgarnos las vestiduras y que tras la muerte de la ideologías lo que resta no es el mejor de los mundos posibles. Ante la muerte de la ciencia, que pocos querrán reconocer, las dos actitudes en antítesis suenan a componenda. Por un lado están los que esperan confiados en que vendrán tiempos mejores, suponiendo que, como en el mercado liberal, la científicidad por ahora ausente es algo que habrá de autogenerarse y autocomponerse. Por el otro, se hallan los que están exultantes con este estado de cosas, encontrando interés en las novedades aparentes que van surgiendo. Guardemos las formas, parecen decir todos. A fin de cuentas, y por tradiciones que ya empiezan a sonar extravagantes, sigue siendo el rigor de la ciencia y no el placer del texto lo que esgrimimos cuando presentamos un proyecto investigativo, y es obvio que proyectos se siguen presentando. Dependemos de que se sigan presentando, aunque en nuestro país sus contenidos queden, por las razones que fueren, reservados para siempre a las sombras eternas. Una ocasión más, por si hiciera falta, para que la antropología cargue las culpas a un sistema perverso antes de cuestionarse a sí misma.

Por ahí se ha dicho que lo que hacen los antropólogos es escribir. Ahora bien, podría decirse que la escritura antropológica conoce tres formas. La primera forma, íntima, es la redacción de los informes de avance científicos, redactados con el desgano que todos conocen, estructurados de acuerdo con pautas pseudometodológicas y conducentes a la demostración, cuasi automática, de que el investigador no ha malgastado sus

estipendios. La segunda, pública y literaria, es cada vez más previsible en su pasión anti-científica: ¿qué decir cuando ya van tres décadas en las que todo el mundo, bajo pretexto de la interpretación, del colapso de la modernidad, del experimento etnográfico, de los nuevos paradigmas del intelecto, del sentimiento o lo que fuere, no hace más que repetir las mismas tres o cuatro fórmulas como si se las estuviera enunciando por primera vez? La tercera forma es minoritaria. Acecha en las páginas ocultas del *Journal of Quantitative Anthropology*, en unas cuantas monografías dispersas y en los límites de la disciplina, por no decir directamente fuera de ella. Su formalismo (o mejor dicho, la incapacidad del público antropológico para absorber cualquier dificultad expositiva) la ha tornado indescifrable. Si bien existe, no existe ni en la cantidad necesaria para ser representativa ni en la calidad suficiente como para imponerse.

Digo que la antropología está muerta pero sé que el diagnóstico sólo es válido si acatamos ciertas reglas del juego. Si nos situamos en las corrientes donde las exigencias científicas han sido reemplazadas por criterios estéticos, podemos seguir siendo optimistas. Optimistas son, todavía, quienes conservan la ingenuidad suficiente para pensar que la perspectiva del actor, la interpretación libre o el nihilismo posmoderno constituyen más un remedio que una patología. Coincidiría con ellos si aspirara a lo mismo. Tal vez ellos piensen que su postura ha sido suficientemente fundamentada, que posee una trascendencia enorme y que se la puede tomar en serio. Si es así, ellos y yo nos referimos a cosas distintas cuando hablamos de rigor.

Así como hablar de crisis ahora computaría como eufemismo, al hablar de muerte aquí no buscamos un efecto retórico. El brillo sin fuego de las publicaciones antropológicas en los países centrales (los pretextos académicos que promueven, por ejemplo, la continuidad de revistas científicas sin asomo de ciencia, cada día más letárgicas, o la edición ritual de *Anthropology Newsletter*, con su catálogo abrumador de eventos y oportunidades) procura encubrir que todo lo que se refiere en sus páginas sólo posee valor de cambio en una comunidad artificiosamente indefinida, pero que no tiene valor de uso en esa comunidad ni, mucho menos, valor de retorno para otras esferas sociales más amplias. El esplendor aparente de la academia antropológica norteamericana, con sus librerías y bibliotecas atestadas de libros frescos y hermosos, denota sólo hinchazón sin musculatura: pues ¿cuáles son, a fin de cuentas, los modelos en torno a los cuales se debate? ¿cuál es la entidad de la teoría detrás de las soporíferas experiencias de viaje? ¿cuánto vale, en definitiva, nuestra discusión?

El deceso se veía venir. Aún cuando la antropología presumía de estar viva, a nadie le pasaba por la cabeza probar los métodos para saber si funcionaban. Aquí se me disculpará una digresión. Siempre me ha conmovido un episodio del desarrollo de la semántica formal. Cuando Gottlob Frege estaba haciendo imprimir el segundo volumen de *Die Grundgesetze der Arithmetik*, Bertrand Russell descubrió un error de razonamiento no trivial en el primer tomo, y se lo comunicó a Frege por carta. En lugar de tildar a Russell de necio o criptomarxista, Frege reconoció la magnitud del error y escribió un epí-

logo melancólico: "Nada más triste puede suceder a un escritor científico -decía- que ver cómo, después de terminado su trabajo, una de las bases de su construcción se tambalea".

De más está decir que, gracias tanto a Frege como a Russell, la lógica matemática es una ciencia viva, en la que el episodio puede recordarse como una anécdota emblemática del rigor alcanzado. ¡Qué integridad envidiable! Un solo episodio de esta naturaleza acaecido en la antropología me haría albergar esperanzas. Pero buscarlo es en vano. Los métodos antropológicos han sido meros signos estilísticos, y su replicabilidad nunca ha sido un valor esencial. Jamás se ha dado que, ante una duda sobre su posibilidad de funcionamiento, un autor antropológico dijera "*Touché*; tiene usted razón, estoy equivocado en ello, para que la cosa funcione se debe modificar lo que yo propuse así y así".

Los métodos han sido objeto de escarnio, letra muerta o dogma. Prueba de la muerte de una ciencia es la asignación de los papeles en el drama que interpreta. Todos son caciques o extras, y no hay operarios eficaces que apliquen métodos como cosa de rutina y que descubran en base a ellos aspectos ocultos de lo real o, por lo menos, agujeros negros en la teoría. Nuestras teorías fueron indecibles, smorgasbords de opiniones, pantallas proyectivas de lo que cada quien quería que se dijera, cuestiones de gusto. No puede, no debe, no quiere estar viva una práctica cuyo sustento teórico es nulo o cuya calidad teórica a nadie le interesa. No puede ser una ciencia viva aquella en que la decisión de pertenecer a una corriente u otra es algo que se construye con apasionamientos similares a los que deciden de qué equipo deportivo nos consideraremos partidarios.

La antropología está muerta. Los signos actuales de su muerte son incontrovertibles: no quedan restos de credibilidad en las propuestas teóricas que durante un tiempo parecían convocarnos, y lo que es todavía más flagrante (porque todavía habrá quien se sienta feliz con Lévi-Strauss o con Marvin Harris) no han habido siquiera de un par de décadas a esta parte propuestas teóricas nuevas, a no ser recetas eclécticas de *bricoleur*, retornos de ideas que ya tuvieron su oportunidad de vergüenza o plagios que omiten reconocer sus fuentes. Durante la dictadura soñábamos con que algún día la oscuridad habría de disiparse y las teorías silenciadas se harían escuchar. Pero cuando el cielo se abrió descubrimos, asombrados, que la negrura no era sólo un efecto de provincia. No se trataba ni de nubes pasajeras ni de un eclipse momentáneo: ya no había en absoluto un sol. Algo muy importante se había quebrado, y algunos quieren que sea la modernidad.

Hoy el proceso es distinto y sin embargo parecido. Los estudiantes que recién se gradúan descubren de pronto que los que estábamos comprometidos a enseñarles el *métier* no teníamos en realidad ninguna habilidad que insuflar, ningún método que reproducir, ninguna analítica con capacidad instrumental, a no ser un par de técnicas aisladas (concebidas a principios de siglo) que cubren sólo un fragmento hartamente exiguo de lo que debería ser un campo inmenso, y en función de las cuales algunos quieren, contra toda cordura, erigir todo un paradigma. Si los alumnos más lúcidos se rebelan ante las

verdades eternas que pretendemos insuflarles y que nos vemos forzados a narrar, no es porque les guste alborotar gratis, como a los descarrilados de *Nido de Ratas*; es, tal vez, porque no perciben un latido que los motive en una letra muerta. La enseñanza de la metodología es un "Crean lo que yo les digo, adopten los mismos gusto que yo y llegado el momento arréglense solos". Pero con eso no alcanza, y ya se nota. Hay programas de estudio enteros en los que no se imparte ninguna enseñanza metodológica auténtica. Si alguna vez hubo ciencia, hemos parado a Devereux sobre su cabeza y hemos transitado imperceptiblemente el camino que va del método a la ansiedad.

¿Por qué ha muerto la antropología? Podría argumentarse, para dejar a salvo el honor, que lo que no se ha dado es una renovada floración de genios. El problema es que Bateson murió y Lévi-Strauss ya está viejo. ¡Buena ciencia ésta, en la que la vitalidad de los métodos, como en una caricatura grotesca de lo que algunos han llamado abducción, depende de los insomnios o las ganas de un iluminado! El modo de producción teórico típico de la antropología (la inspiración solitaria de un autor suelto) jamás ha sido cuestionado, como si las ciencias que avanzan procedieran así. Pero no se trata sólo de revolucionar los hábitos productivos, o de declararlos obsoletos. Si es sólo el modo individualista y personalizado de creación teórica no que ya no puede dar más de sí, lo cierto es que no tenemos un modo de producción teórica comunitario, abierto y anónimo que esté en condiciones de suplantarlo.

Incluso la discusión teórica, que antes era poco rigurosa pero se materializaba de cuando en cuando, ha desaparecido de los lugares que solía frecuentar. Ni siquiera se la escenifica para salvar las apariencias, como si los núcleos de investigación constituidos no tuvieran compromisos teóricos y su única función consistiera en perpetuar el silencio y la profunda inutilidad del sistema⁶. Triste perspectiva: la comunidad científica como conjunto politético de sectas personales estancas que pelean sordamente por presuntos espacios de decisión y poder, sin que ello se traduzca en un intercambio de ideas. Estamos con alguien no por convicción teórica, sino en espera de un retorno del favor. Y el resto de las alternativas es peor: el simposio como té canasta, en el que todos pronuncian las frases que los demás aspiran escuchar y en los que **jamás** se dice lo que se piensa. O en el otro extremo, la crítica como diatriba ideológica, sin sustancia empírica ni calidad formal. Para muestra del bajo estándar al que los antropólogos nos hemos tenido que acostumbrar, obsérvese el estado de la historiografía, inexplicablemente liderada por Stocking, convertida en antología de chismes bajo el disfraz del contexto. Porque para el kuhnianismo salvaje de los antropólogos la contingencia de los acontecimientos, mejores cuanto más secundarios, vale más que la estructura de lo que se ha pensado: la unidad ideológica del configuracionismo se explica porque Mead y Benedict eran pareja; el funcionalismo es vil porque Malinowski era un cachafaz.

⁶ Lógicamente, hay excepciones. Si este punto en particular o cualquier otro de esta diatriba le resulta ofensivo, usted está en libertad de considerarse excluido de la regla que fuere.

Mientras tanto, cualquier cosa en lugar de intercambiar ideas y de discutir con seriedad ideas que valgan la pena. El informe de cátedra que sigue la corriente, halagando el ego del docente, incluido en la bibliografía para garantizar la promoción ...La publicación de informes rutinarios por motivos que oscilan entre los halagos narcisistas de la imprenta y la necesidad de engordar la carpeta de antecedentes que, bien mirados, se manifiestan como paráfrasis recurrentes de lo mismo. ... Sí, es verdad, en todas las ciencias proliferan las fintas a la ética, pero algunas tienen en compensación cierta sustancia teórica de la que agarrarse.

Con todo, a pesar del descreimiento y de las fachadas, es posible que este obituario suscite alguna impugnación. Anticipamos la respuesta, aunque las herramientas de predicción nos hayan sido negadas. Se nos dirá: "¿Muerta la antropología? No es para tanto, o todavía no. Puedo mencionar en contra de la idea un par de libros que tú no has leído y que revierten tu interpretación. Mejor es que la consideremos no sólo viva sino incluso inmortal. Es cierto que sufrimos una crisis, pero esa palabra en rigor nada significa. Arrojémonos sobre el sacrílego, pues su idea no es representativa: alarmista, hipercrítico, subjetivo, equivocado, mal informado, comunista resentido, tonto. Ni hablar de muerte ¿para qué? El estado actual de la antropología no es inaceptable (palabra autoritaria), lo que quiere decir (conforme a nuestra lógica) que *es aceptable*. Las ciencias perduran sin motivo una vez que se las funda ¿Cuándo se ha visto que una ciencia muriera, si hasta los astrólogos tienen su lugar en la vida?"

Si no puede creerse en ninguna solución por sí sola -dirán otros- entonces seamos eclécticos. ¿Para qué la pureza de un sistema consistente? Mezclemos alegremente Geertz con Marx, o Sahlins con Godelier, y por razones que aún no se explican las teorías emergentes tendrán todas las virtudes de sus partes componentes y ninguno de sus defectos. O bien ¿por qué no? conformémonos con poco: por ahí se dice que Ganannath Obeyesekere ha escrito un libro que no es del todo malo, o que Anthony Giddens ha dado a la fenomenología un nuevo giro, aunque no se entiende muy bien en qué consiste y cómo nos puede sacar del pozo. Eso alcanza y sobra para justificar la existencia independiente de toda una disciplina. Pues ¿quién dictamina el grado de riqueza que debe poseer una ciencia para considerarse viva y emancipada?

Habrá también quien opte por un minimalismo alternativo. Bueno -se nos responderá- admitamos que nuestra disciplina está desvencijada y que ya no se adapta a ningún objeto de estudio que no sea una tribu que ya no existe, pero ¿para qué está la interdisciplinariedad? Entremos en el paraíso interdisciplinario con nuestras manos vacías, conservemos virgen el terreno de los métodos y presenciemos pasivamente el saber que otros han tenido que forjar en lugar nuestro. Ellos son dóciles y todavía nos admiten, como si en realidad tuviéramos algo que decir que esté más allá del sentido común.

Esto es un punto álgido, contra el que no acabo de retorcerme, a contrapelo de la alegría general. Interdisciplinariedad: ¿utopía nueva o causa concurrente de nuestra ruina? Hoy por hoy, más lo segundo que lo primero. Pretexto, antes que nada, para delegar en

otros la posesión de herramientas que, mientras tanto, podemos de puertas para adentro seguir rechazando sin comprenderlas, a tono con un relativismo antropológico más destructivo que escéptico, al compás de una ignorancia pedante según la cual no hay siquiera razones para que los aviones vuelen. Que otros se tomen el trabajo de asimilar saberes horribles, que nada saben de nuestros tesoros de amor al prójimo y de observación participante: regalemos, como si en realidad fueran ajenas, las matemáticas, la lógica, la computación, el diseño de modelos, la teoría en firme, en fin, los fundamentos que hacen a la dureza de las ciencias duras.

La interdisciplinariedad tiene, lo admito, un valor positivo, uno solo pero indiscutible: se saca más jugo de una discusión de un par de horas con un practicante de otra profesión que de un debate de años entre antropólogos. Al sacar las ideas antropológicas fuera del círculo vicioso de los supuestos compartidos (o de la falta de reflexividad sobre los supuestos) parecería como si se hiciera algo de luz. Pero fuera de eso...

Interdisciplinariedad... No conozco un solo caso en que hayamos sido los antropólogos los aportadores de la resolución interdisciplinaria o en que se haya instrumentado una simbiosis simétrica; siempre somos nosotros quienes acudimos con nuestro problema para que otro se haga cargo de él sin entenderlo del todo, porque hasta nuestra especificación es ambigua. Pero allí está la interdisciplina, como el último mito que se resiste a ser derribado y al que hasta los enemigos de la ciencia respetan.

Se trata de un mito opaco, que hasta nos excusa de enterarnos de los logros ajenos, incluso de los que nos atañen. Mientras acudimos a la interdisciplina, podemos seguir defenestrando las disciplinas individuales a las que recurrimos. Podemos seguir ignorando por ejemplo que en el diseño de redes neuronales se ha demostrado experimentalmente la validez del conductismo (teratología del intelecto, propia de perversos positivistas comedores de vidrio), que los algoritmos que se despliegan en infinidad de soluciones técnicas tienen exactamente la misma estructura que los razonamientos evolucionistas, que otras disciplinas como la lingüística o la psicología han arrebatado a la antropología los últimos espacios comparativos que le quedaban⁷, que se ha logrado modelizar el saber de cualquier experto (que por norma de la ciencia débil debe permanecer oculto) o que se puede mandar un cupón para recibir, a vuelta de correo, recursos que nuestros prejuicios reputan imposibles.

Intentemos reproducir la actitud de los antropólogos frente a la explosión de los recursos técnicos. ¿Algoritmos genéticos, redes neuronales, sistemas expertos, programación lógica, geometría fractal, GIS, lógica difusa? Bah, ... científicismo. Con Geertz

⁷ Un artículo de Regna Darnell, publicado hace poco en el *Annual Review of Anthropology*, hunde casi sin querer los dedos en la llaga: lo que distingue los abordajes del estudio de la mente de los psicólogos y de los antropólogos, alega Darnell, es que los primeros (sí, los psicólogos) poseen una estructura comparativa y dominan las herramientas formales de la comparación.

estábamos mejor. Larga vida al castillo de marfil. No juzguemos en contra nuestro nada de lo que suceda. Usemos la interdisciplinariedad como emblema de nuestra amplitud y tolerancia, pero guardémonos de sacar del progreso de otras disciplinas toda conclusión que ponga en tela de juicio la legitimidad de nuestro aislamiento o que desvele la arcaicidad y la falta de perfil de nuestra curricula.

Si asimilamos la muerte de la antropología a un asesinato (y no hay indicios de que la muerte de una ciencia pueda ocurrir por causas naturales, sin responsables susceptibles de identificarse), la lógica detectivesca nos debe llevar a sindicar a los sospechosos, a establecer sus motivos y a reconstruir los contextos del crimen, a fin de aniquilar coartadas tales como "no he tenido que ver" o "el culpable es (como siempre) otro".

En lo que pudo haber tenido de suceso involuntario, la muerte quizá se haya debido a una confusión fatal entre los requerimientos metodológicos de una ciencia y las estrategias del comportamiento que a falta de otro nombre podríamos llamar *intelectuales*. Libre de las ataduras y responsabilidades del método, la retórica *intelectual* desplazó fácilmente al razonamiento *científico*, y lo hizo sin alarma general, sin escándalo, como si ambos fueran poco más o menos la misma cosa. Entre la ciencia y la intelectualidad la antropología ha optado mal. Lo cierto es que la curricula disciplinar sigue siendo enciclopedista, amplia, receptiva; pero en el momento de la muerte se hallaba mirando hacia un lado del que nada científicamente utilizable podría provenir. Espléndidamente apta para la charla de café, las últimas influencias sufridas por la antropología (Foucault, Derrida, Barthes, Susanne Langer, Heidegger, Dilthey, Nietzsche) se coordinaron para perpetrar la masacre del método. Ninguna de ellas, en caso de proveer a lo que haría las veces de método, se digna a delinear con claridad lo que concierne a la replicabilidad del mismo o a reconocer con honestidad las dificultades que su propuesta suscita y los límites de predicación a los que se atiene. ¿Es eso ciencia?

Otra causa probable es la minimización del saber ajeno, la que condujo por asociación metonímica al abandono de las pocas habilidades profesionales que dominaba cualquier científico social cuarenta años atrás. No sea que por dominar las estadísticas o la lógica elemental seamos sospechosos de positivismo. La maniobra se consumó con suficiencia, hasta con alborozo. "¿No saben acaso que no hay una lógica universalmente válida e intemporal, sino muchas lógicas posibles, históricamente contingentes? ¿Para qué tomarse la molestia de asimilarla, si nos hemos de dedicar a otra cosa más inmediata, como ser la realidad misma?". O como llegó a escribir Stephen Tyler, haciéndonos quedar

tan bien, "la ciencia fracasó [sic]; dediquémonos a otra cosa"⁸. Los científicos estarán temblando.

Fue así como se perpetraron renunciamentos infames sin obtener nada a cambio, como si las excusas del No para soslayar el aprendizaje doloroso de cualquier recurso fueran una alternativa teórica sustancial equiparable a los recursos que se abandonaban. Nos han quedado formas sin fondo y contenidos sin rigor. El resultado está a la vista. Diletantes de pacotilla que no han leído siquiera a Newton, pero que lo saben superado por boca de ganso y por rumor confuso, creer estar incluso bastante más allá de Einstein. No saben ni usar simples cálculos de varianza, pero reputan todas las matemáticas como inservibles a priori, como si los matemáticos no nos superaran en creatividad, entusiasmo y fantasía.

Eso sí, se quiere estar al mismo tiempo al margen de la ciencia y chupando su teta, como el personaje conocido de Münchhausen que quería sacarse del pantano jalándose los cabellos para arriba. Porque, por cierto, al brillo del prestigio posible nadie renuncia: la ciencia blanda afirma que sigue siendo ciencia, aunque no se atenga para ello a ninguna obligación en materia de replicabilidad de métodos y validación de resultados. Se quieren usar los servicios del club sin pagar la cuota. Hasta Geertz insiste en este cuadro de hipocresía trascendental: "Yo nunca dije que la antropología no fuera una ciencia"⁹. ¿No es suficiente bochorno que tenga que decir semejante cosa?

La antropología está muerta y la muerte se enseña en las escuelas. El programa de capacitación antropológico es una suma de saberes inocuos pero jactanciosos, en base a los cuales proclamamos luego a los cuatro vientos la caducidad o el carácter relativo de los saberes que luego, muy tarde ya, descubrimos que nos faltan. Se empuja a los aprendices de antropólogos a creer que es una hazaña espléndida ser impenetrables a los números y que es una demostración de apertura mental adoptar una actitud cardista frente a las máquinas. A contramano del mundo, hasta se aconseja no usar computadoras en los escarceos estadísticos, no sea que se ensucie la virtud de nuestra artesanía. Ya no hay casi profesión, aunque subsisten como si la hubiera todos los estereotipos profesionales. Decir "no sirvo para los números" (o para el álgebra cualitativa, la lógica o cualquier dominio fundado) es un mensaje doble que se debe leer como una insinuación de las bellas cosas para las que sí se sirve. Alegar que X no nos interesa, para todo X que sea un dominio

⁸ *The Unspeakable. Discourse, Dialogue, and Rhetoric in the Postmodern World*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1987. Esta no es solo una extemporaneidad posmoderna; en el posmodernismo no hay una sola aserción que no sea una consecuencia de las premisas humanistas, fenomenológicas e interpretativas que han sido sin lugar a dudas la expresión dominante de nuestra disciplina.

⁹ Ver su comentario a un artículo de Michael Carrithers en *Current Anthropology*, 1991. Esta dualidad es extraña, porque sí lo dijo; al menos así, siguiendo su juego, yo mismo lo interpreto. ¿Hasta dónde el espesor de la poesía antropológica aniquila su capacidad de comunicación conceptual? ¿Hasta cuándo tendremos que mantener la discusión disciplinar en un perfil tan bajo?

avanzado del conocimiento, es sugerir que se poseen por contrapartida intereses más nobles y más humanos.

¿Puedo exponer ahora la triste conclusión que surge de mi experiencia docente de veinte años en técnicas computacionales aplicadas? Resultado convergente de una universidad deficiente y de una espontaneidad suicida, el antropólogo tipo es un aprendiz atroz, mucho más que los empleados contables, en lo que concierne a tomar propiedad de todo lo que su formación ha dejado fuera en materia de precisión discursiva y habilidad instrumental. Asume frente a las técnicas proliferantes a pesar suyo una actitud pasiva, consistente en creer que lo que debe aprender tiene más bien que enseñársele. Le tienen que pasar la clave, porque en su sordera, mitad deliberada, mitad inducida, los libros se le han vuelto mudos, el mínimo rigor habla una lengua extranjera.

Otro signo letal es la depreciación de los estudios de grado, que logra posponer para las calendas griegas la promesa del saber sustantivo y las verdades que importan. Pero ni aún el crecimiento exponencial de las horas de cátedra ha otorgado sustancia al conocimiento y eficacia a los métodos. Los antropólogos cursan más de lo que leen, y abrumadoramente más de lo que escriben. Se pasan el posgrado tomando cursos, que cuando inducen un saber instrumental habrán de ser sistemáticamente olvidados por falta de práctica o por culpa de una infraestructura que los exculpa. Incluso asisten a cursos en el extranjero, y lo siguen haciendo a una edad en la que los bostezos ante los contenidos recurrentes son imposibles de reprimir con cierta dignidad.

El rumor dice que los sociólogos dominan las estadísticas. ¿Qué es lo que los antropólogos saben hacer *por excelencia*? Los lugares comunes del cine (que alguna vez habrá que analizar en sus motivaciones) los ponen siempre al lado de brujerías, demonios y saberes ocultos, creyéndoselo todo. Pero la verdad es otra: los antropólogos no creen en nada. La enculturación antropológica destruye, podría decirse, capacidades cognitivas que aún la gente de la calle mantiene latentes. Lo primero es el escepticismo, que de tan sano que es se ha vuelto iatrogénico y que es lo único metódico que la profesión conserva. El antropólogo tiene un argumento contra todo, y eso le deja en condiciones lamentables cuando de usar algo se trata. No cree ni siquiera en las herramientas de las que a esta altura del milenio hasta los necios sacan ventaja. Así le va.

En el título de este panfleto hice alarde de proyectos y perspectivas que ahora no pienso satisfacer del todo. Si se me impone proponer alternativas, es porque algo de lo que dije antes tiene tal vez visos de verosimilitud; sería menester entonces discutir un poco más el diagnóstico para que la lección histórica que se saque sea provechosa. Ahora bien, el título es un disfraz. Si alguien pensó de veras que *yo* estaría en capacidad de ofrecer soluciones, es porque la historia del fracaso del modo de producción individual, propio de nuestra ciencia, no le ha enseñado nada.

Sería de buen tono decir que no obstante la muerte de la antropología, algo todavía puede hacerse. Honestamente no vislumbro esperanzas en este cuadro, en tanto las estructuras perversas de la formación, de la práctica y de la crítica sigan atenuadas al modelo intelectual humanista, sin ganas de asumir en profundidad y con todo el esfuerzo que ello implica una genuina conducta científica y una apertura honesta al estado de las cosas. Afirmar contra viento y marea un presente heroico y un futuro de grandeza es, en la actual coyuntura, insostenible.

Alguna sugerencia cabe, sin embargo, porque la muerte de la antropología no es algo que me alegre y porque no me resulta satisfacción suficiente espetar cosas tales como "¿Vieron? Se los anticipé". Cuando proyectaba escribir de nuevo el Quijote, Pierre Ménard desechó la posibilidad de ser de nuevo Cervantes por demasiado fácil. Las soluciones demasiado fáciles son en realidad problemas, y tras veinte años de gobierno indiscutido del sentido común habría que ir pensando en descartarlas. Miremos sin embargo en torno. Los proyectos de resurrección dignos de imitarse siempre han sido pocos, pero algunos hay. Conjeturo que la arqueología insinúa un camino que debería probarse, aunque más no fuere porque alguna vez estuvimos más cerca, antes que los arqueólogos, presintiendo lo que se venía, huyeran de nuestra tutela.

La arqueología, tal como hoy la percibo, explora modelos de validez local, experimenta las virtudes de la consistencia, pone las cartas metodológicas sobre la mesa, asimila con discreto encanto la fuerza de las técnicas nuevas, pospone la hora de las síntesis grandiosas, se resigna a que el esplendor de la filosofía se sitúe lejos del trabajo concreto, reprime el tono de vanguardia sensible y esclarecida, y renuncia a la desmesura de soñar que, tras unas pocas operaciones de retórica pura, emergerá casi espontáneamente tanto la luz como la gloria. Las modas metodológicas de la arqueología *mainstream* son todavía metodológicas, mientras que las nuestras son estrictamente modas, sin metodología asociada. Los arqueólogos muchas veces abren su investigación para que otro especialista las mejore o las sistematice, mientras que en antropología sociocultural las articulaciones de los hechos con la metodología se encubren para disimular su precariedad. Aunque a nosotros nos puedan aburrir las piedras y los tiestos, los arqueólogos se aburren más aún con nuestra parálisis, lo que configura una asimetría espantosa. Pese a que las piedras y los tiestos podrían sugerir otra cosa, es un hecho que los arqueólogos se entusiasman más con ellas de lo que lo hacemos nosotros con el objeto magnífico que nos ha tocado en el reparto ¿No hay algo que aprender de todo esto?

Si la antropología vuelve a una vida digna de ese nombre, conviene que sea bajo otras formas. Antes de abocarnos a la dura faena de su resurrección, deberíamos preguntarnos si vale la pena que un cuerpo que ya en vida despedía hedores malsanos y mostraba una anatomía difusa e indefinida, un cuerpo más monstruoso que plural, vuelva a deambular por las calles.

Lo que aquí se ha escrito no es una argumentación formal, aunque sin duda se la podría precisar mejor en otros contextos y oportunidades, si es que la discusión de otra cosa que no sea la observación participante o la identidad se instaurara alguna vez entre nosotros. Pero si no es un razonamiento en forma tampoco es un impromptu, y mucho menos el monólogo de alguien que es el único excéntrico en pensar así. Atrás de esta escritura hay muchos diálogos, con más coincidencia que disenso. En último análisis, las divergencias conciernen a la naturaleza de las salidas propuestas, más que a la gravedad del diagnóstico. La antropología ha muerto. Si la discusión se abre alguna vez, se sorprendería usted de saber cuántos y quiénes somos los que, al margen de otros desacuerdos y de los enmascaramientos de la escritura pública, pensamos lo mismo sobre la muerte de referencia.

Buenos Aires
Febrero de 1992